

EL SENTIDO DE LA CONTINUIDAD HISTORICA

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

Hay sucesos que nos recuerdan amenas y pasadas lecturas, y el peligro de que de mi vieja y amada ciudad de Bogotá desaparezcan cosas a ella ligadas por el paso de los siglos, como han perecido tantas de ellas, me ha traído a la memoria aquel precioso cuento de Azorín que se llama *La Continuidad Histórica*. Se narra allí el caso peregrino de cierto pintor Caspar Salgado, enamorado de su patria y de cuanto a ella perteneciera: sus paisajes, sus edificios, su literatura, su historia, sus costumbres.

Nadie le ganaba, afirmaba Salgado, en su amor a España; nunca había pintado cosa alguna que no fuera de su España; en ella se inspiraba para trazar sus magníficos cuadros, que de ella hablaban y para ella se ejecutaban. Viviendo en París, buscaba el silencio y la tranquilidad para pensar en su España, para leer los poetas que de ella le hablaran y que la hacían revivir ante sus ojos. Para pensar en ella lejos del mundanal ruido de la gran ciudad, alquiló un cuarto acogedor en una casa situada en apacible y solitaria calle de las alturas de Monmatre.

Pero era caso raro que nadie quería alquilar aquel cuarto, cómodamente amoblado, porque dizque había allí algo extraño, que el conserje que le mostró la habitación no acertó explicarle sino con una leve sonrisa. Por aquella cosa particular el precio del cuartito era bajísimo, y Salgado sin parar mientes en el hechizo se instaló muy a gusto en su nueva habitación.

Pasaron algunos días sin que nada acaeciera, pero luego comenzó a sentir cosas inexplicables; despertaba a avanzadas horas de la noche sobresaltado, oyendo que alguien trasteaba por la casa, sin que le fuera dado explicarse qué acontecía ni de dónde provenían aquellos ruidos temporáneos. Mas a la séptima noche el caso le dejó perplejo: sobrevino lo fatal. Salgado despertó a media noche y halló iluminado el aposento; junto a su cama vio una blanca mesa de operaciones; un caballero con larga blusa blanca, a quien asistía un ayudante, en igual traje, que preparaba unos instrumentos de cirujía, acerados y brilladores, que sobrecogieron el ánimo de Gaspar Salgado tanto como los extraños personajes que veía delante de sí.

El pintor quedó no solo sobresaltado, sino impedido para moverse y para gritar. En aquellos momentos oyó que el cirujano preguntaba a su ayudante: "¿Qué glándula le parece a usted que le extirpemos? ¿La del patriotismo o la del sentido histórico?".

El ayudante respondió de esta manera, y para ser fiel en su relato he ido a buscar el libro de Azorín, donde leí el cuento famoso de que os hablo: "Da lo mismo. Ya sabe usted que se ha dicho que la patria es la Historia. Sin una u otra de las dos glándulas quedará listo el paciente. No volverá ya más a acordarse de España. No sentirá ya más el deseo de que sea enlazado lo presente con lo pretérito. En la historia de España habrá para él una solución de continuidad. Y podrá con eso ser perfectamente indiferente al perfeccionamiento de España, puesto que usted sabe, querido maestro, que no hay progreso verdadero, progreso moral, que es el que importa, sin ese enlace estrecho con la tradición".

El pobre Salgado escuchaba aterrado, inmóvil y mudo todo aquel razonamiento. Pensaba que algún pomo de esencias letales le habían puesto en aquel estado. Los cirujanos le cogieron y lo colocaron en la mesa de operaciones; el maestro cogió el bisturí para operar al desdichado artista, que de ese momento en adelante perdió el sentido.

Al despertar era otro hombre: no sentía dolor alguno ni tenía herida ninguna, pero había perdido el sentido de la continuidad histórica. El mapa de su patria que tenía colgado en la pared, frente a su cama no le sugería nada, no despertaba en él ninguna emoción; ningún pensamiento de los acostumbrados le producía el retrato de Cervantes, también allí colocado por el pintor. Ni acudió éste tampoco a los libros de sus poetas preferidos.

En tal estado acudió a consultar a un médico, compatriota suyo, que, sin darle importancia al caso de Salgado, le dio como remedio contra su mal: volver en seguida a su pueblo natal de Montejo, uno de los más bonitos de España, situado en Castilla la vieja, y donde, según el médico, se vivía como en el siglo XVI. Son allí familiares para sus habitantes los personajes del pasado; todos ellos viven allí, dentro del siglo XX, en el espíritu de sus moradores. Los más famosos artistas y escritores del XIX, segundo siglo de oro de España, estaban en efígie en la casa solariega misma del pintor, en retratos por ellos dedicados al propio artista. Dentro de aquel ambiente de sosiego fue recobrando Salgado su olvidado sentido de la continuidad histórica. La campana de un monasterio vecino, fundado en 1282 por doña María de Molina, en el mismo año en que esta reina casó con el infante don Sancho, tocaba a maitines y despertaba al pobre pintor de madrugada, trayéndole mil recuerdos e imaginaciones, junto con la admiración que de nuevo experimentaba por aquella gran mujer y gran reina, y el artista se sentía curado radicalmente, embargado por el encanto de las tradiciones gloriosas que iban acudiendo a su mente. Con el regocijo íntimo de su curación se quedó de nuevo dormido, en aquella madrugada en que la campana del vecino monasterio le cortó el sueño y le devolvió la perdida salud mental, y con ella el sentido de la tradición histórica.

El caso, sin embargo no es raro: lo padecen no pocas personas sin haber entrado a la misteriosa habitación donde Salgado sufrió la extraña operación quirúrgica de la extirpación de la glándula de la tradición, y con ella el sentido del patriotismo, que son correlativos.

Cuando no se siente pesar por la destrucción de los santuarios de la antigüedad, que las piquetas demolidoras e iconoclastas echan por tierra; cuando se mira con indiferencia la desaparición de añejas tradiciones propias; cuando se miran sin pesar abiertas las sepulturas de los grandes de la patria y esparcidas sus cenizas; cuando se descubre con indiferencia que en donde antes fue templo de la fe de las pasadas generaciones o claustro secular de la estirpe nacional, o ilustre mansión donde acontecieron fundamentales hechos del pasado, se alzan lonjas y bazares o se agita el tránsito callejero hollando lo que fue sagrado o consagrado por la historia, entonces es preciso darse cuenta de que se padece de la misma lastimosa situación moral en que se hallaba el pintor Salgado cuando fue a consultar a su íntimo amigo y médico doctor Noguera, que era el nombre de aquel bueno y acertado facultativo que le señaló el medio de recobrar la salud mental. En tal caso ya se sabe el remedio: es preciso acudir a esos lugares donde se remansa el pasado; ver allí los monumentos de la antigüedad, los edificios, las obras de arte, los retratos que nos pondrán en la mano luego los libros donde se nos revele el secreto de todo aquel mundo del pasado unido al presente por la continuidad de los hechos, por la supervivencia de las cosas, por las voces que salen de los viejos renglones que manos ya muertas trazaron en amarillentos infolios, o que las primitivas imprentas, con viejos caracteres, estamparon en las páginas de hermosos papeles hace dos, tres o cuatro centurias; a acudir también a oír y a leer a quienes de aquel acervo de tradición y de historia, con amor e insospechable lealtad al pasado, hayan extraído el relato de lo que fue, haciendo revivir entre la pluma y el papel, como aconsejaba fray Diego de San José, el fraile e insigne historiador, la vida de los siglos pasados.

Cuando nos hablen las voces íntimas y nos refieran de las cosas antiguas y venerables de las pasadas edades; lo que en los pasados siglos fueron las vidas que nos precedieron con el signo de la fe y de la sonora lengua castellana; o nos den noticia de la grandeza de los ideales que a través de esas centurias han sido la razón de la dignidad o del heroísmo de esas nobles vidas de nuestros predecesores, cuyos nombres mismos tienen castiza e hidalga sonoridad, entonces sabremos la venturosa alegría que sintió el pintor de este relato de Azorín al recobrar la salud mental perdida y con ella el amoroso sentimiento de lo propio.

Entonces, cuando las campanas de las vigilantes torres o las de los vetustos monasterios toquen al alba o a maitines, y oigamos aquellas voces seculares, que como el cantar de las aves a la alborada, se vienen repitiendo desde remotas edades, y hace tres o cuatro siglos que saludan al nuevo día, y nos traigan el recuerdo de antiguas glorias o de grandes hechos del pasado, y nos den la sensación de la continuidad de vida y de grandeza con los que crearon la patria, esta nuestra noble madre Colombia, habrá llegado la curación auténtica, y, como el buen pintor del pueblecito castellano de Montejo, podremos adormecernos, seguros ya de nosotros mismos, en la continuidad histórica, que es, al decir de Azorín, el signo más expresivo de la propia nacionalidad, adormecernos como Gaspar Salgado para gozar mejor de tan buena salud.